

## Entre la amnesia y el ajuste de cuentas

MICHAEL ALTMANN

*Universidad de Berna*

Lo que más puede sorprender de las obras de Rafael Chirbes es su temática: no está determinada ni por crímenes pasionales, ni por el sexo, ni por historias de detectives, como parecen exigirlo hoy en día las leyes comerciales del mercado literario. El tema principal sus obras, sobre todo en *La buena letra* (LBL, 1992), *Los disparos del cazador* (LDC, 1994), *La larga marcha* (LLM, 1996) y *La caída de Madrid* (LCM, 2000), es la recuperación de la memoria sobre el período que abarca desde el fin de la Guerra Civil hasta la muerte de Franco. Para este cometido, Chirbes crea toda una galería de personajes arquetípicos que caracterizan esa época.

¿A qué público va dirigido ese tipo de relatos? La primera impresión es que están escritos para el cada vez más reducido público-número de personas que por vivencias propias o por recuerdos familiares siente la necesidad de recapitular ese triste período de la historia de España. Se trata de una época ligada a recuerdos no precisamente muy halagüeños, relacionados con una sociedad que tuvo que doblegarse ante el miedo institucionalizado y el terrorismo de estado establecido por el régimen de Franco. Fue una época en la que imperaron el oportunismo, la hipocresía y la falsedad encubiertos por el gesto patriótico y el patetismo nacionalista.

### LA ESPAÑA FRANQUISTA DE LA POSTGUERRA

Los costos en vidas humanas de la Guerra Civil española fueron tremendos (en total se calculan más de 300'000 muertos), los desmanes cometidos en ambos bandos dejaron un recuerdo traumático de la Guerra Civil. Pero no menos traumáticos han sido los recuerdos de la postguerra española. Estos afectaron prácticamente con exclusividad al bando de los republicanos, los perdedores de la Guerra Civil española: los cálculos oscilan entre 30'000 (Tuñón de Lara) y 60'000 ejecuciones (Sotelo) entre 1939 y 1950. Las ejecuciones iban precedidas por juicios sumarios que no cumplían las más mínimas reglas del derecho internacional. A estos crímenes se sumaron los 300'000 encarcelamientos bajo penosas condiciones que, en no pocos casos, condujeron a la muerte prematura de los presos

(conocido es por ejemplo el caso del poeta Miguel Hernández) y los 300'000 exiliados que no pudieron regresar a España durante largo tiempo.

Un férreo sistema de represión fue impuesto en los años posteriores a la Guerra Civil. Esta era ejercida por parte de los vencedores sin el menor riesgo, ya que eran respaldados por un poderoso aparato policial-militar y recibían el apoyo moral de la Iglesia católica, que justificó aquello como una "cruzada contra la barbarie de los sin-Dios".

No olvidemos que los perdedores de la Guerra Civil habían defendido en 1936 el sistema democrático republicano en contra del pronunciamiento militar de derechas que impuso por la fuerza una sangrienta dictadura militar. A la represión política y social —España tardó al menos dos décadas en reponerse económicamente de los costos de la guerra— se unieron la censura y la indoctrinación ideológica, que sirvieron de instrumento para borrar de la memoria colectiva todo resquicio de recuerdo e imponer una interpretación grotescamente manipulada sobre las verdaderas causas que habían conducido a la Guerra Civil.

La sensación de humillación y menosprecio la vive el médico republicano Vicente Tabarca en *La larga marcha* (LLM):

Cada vez que oye el ruido de un coche y luego ve los focos acercándose despacio [...] se sobresalta, levanta las nalgas de la silla, se inclina más hacia el cristal de la ventana, aparta disimuladamente con las puntas temblorosas de los dedos los visillos, y nota cómo se le tensan los músculos del cuerpo, como se le desmaya el ánimo, y hasta se escucha latir el corazón en el cuello y en las sienes. Bum, bum, bum. A veces piensa que [...] si en esas largas noches de insomnio cogiera un libro y se pusiera a leer [...]. (LLM, 43)

[...] cuando don Vicente lee sus libros favoritos todavía lo hace con cierta aprensión, como si, de repente, fuera a abrirse la puerta del cuarto [...] y alguien pudiera sorprenderlo con las manos en la masa [...] porque, al fin y al cabo, aunque permitidos, son libros de autores cuyos solos nombres sirven para desenmascararlo, para demostrar que su pensamiento no ha cambiado en nada, que sigue cometiendo el mismo crimen que lo llevó a la cárcel —un delito de ideas— [...] aferrado a unos pensamientos que se supone que ya han sido extirpados, como la gangrena se aferra a un miembro hasta que lo devora. Esos libro [...] muestran que él sigue contagiado por una forma de pensar que los vencedores calificaron de epidemia y que extirparon con cruel y efectivo instrumental durante tres años en las trincheras y cuya cura prosiguieron en paredones y celdas.

España, en esos libros, es un eterno país nocturno e intransigente, cainita, en donde siempre la mitad ocupa por la fuerza el todo y lo pone a su servicio, un miserable país que grita «¡Vivan las caenas!», y

saca bajo palios a los tiranos, y usa el nombre de Dios como una pistola con la que disparar sobre el prójimo, y en el que un esperpento sangriento llamado Millán Astray apunta su arma contra Unamuno al grito de «Muera la inteligencia», y donde los obispos bendicen los paredones desportillados por los impactos de las balas y manchados de sangre [...]. (LLM, 46-47)

A la continua sensación de miedo y de miseria social se unió la desazón de no ocupar ningún puesto en la sociedad, de ver cómo aquel proyecto de modernidad por el que habían luchado los republicanos era detenido por la fuerza, rebocado por tiempo indefinido, tal vez para siempre, en un país irracional, que se resistía a integrarse a la modernidad europea, movido por un arcaico instinto de sangre y venganza, trágico destino de un pueblo incapaz de tomar en sus manos los necesarios cambios políticos y sociales:

Aquí no ha quedado más que la basura: energúmenos sudorosos que dan patadas a un balón; olor de sangre y estiércol y gritos de bárbaros en un redondel donde se tortura a un toro; tonadilleras que apestan a sobaco cuando levantan los brazos para tocar las castañuelas; y curas que chupan la sangre de la ignorancia y el miedo que han impuesto después de tantos años de muerte, con el solo objeto de engordar; matones que trabajan en grupo, que se imponen en grupo, que pegan y matan en grupo. (LLM, 48)

Esa desazón la describe "en la vida real" el médico y escritor García Sabell durante un encuentro en 1986 dedicado a la memoria de la Guerra Civil. No es difícil ver una similitud entre la figura de la novela de Chirbes y esta persona de la vida real:

Al sentimiento de la frustración y el desencanto se sumó algo más corrosivo, a saber, la duda [...] ¿Y si todo aquello por lo que yo había luchado siempre, no fuese más que una equivocación, una terrible y anonadora equivocación? [...]  
España era así, violenta, irracional, disparatada, y así lo había sido a lo largo de la Historia y así tendría que seguir siéndolo por los siglos de los siglos [...]. Uno no era más que un enjambre de negatividades esterilizadas. En suma, un escéptico [...]. Es necesario añadir, para completar el cuadro de la infertilidad personal de aquel entonces, la manquedad [...] así circulamos largos años por el mundo desabrido y monótono, enorme e inacabable, de la tiranía. Por la espaciosa y triste España de Fray Luis de León. (García Sabell, 421-422)

Una de las parcelas del poder que explotó con mayor ensañamiento y vileza la dictadura franquista fue la de los símbolos de veneración de sus héroes, los nacionalistas caídos durante

la Guerra Civil española. Aunque las bajas del enemigo habían sido muy superiores, sobre todo durante la época de la postguerra, no hubo espacio para conmemorar las pérdidas humanas y los daños materiales causados a éste. El monumento más indicativo de esta actitud es sin duda la basílica del llamado Valle de los Caídos "por la Libertad" (el nombre obviamente se refiere a los caídos en el bando nacionalista) que se encuentra a pocos kilómetros de El Escorial. En la basílica subterránea, monumento a menudo calificado como de "faraónico" y de dudoso gusto, se encuentran enterrados Francisco Franco y José Antonio Primo de Rivera. Pocos saben hoy que su construcción fue llevada a cabo principalmente por republicanos, presos y ex-combatientes de la Guerra Civil (no pocos dejaron su vida en la arriesgada empresa). Franco quiso dejar constancia para la eternidad con este monumento de quienes habían sido los ganadores y quienes los perdedores de la contienda.<sup>1</sup>

En contrapunto a este monumento nacionalista se ha convertido la localidad de Guernica, población que tuvo la triste primicia de ser el primer ejemplo de exterminación colectiva por los bombardeos de la Legión Condor alemana. El famoso mural de Pablo Picasso ha permitido dejar constancia de la tragedia del pueblo vasco.

## **ESPAÑA A PARTIR DE LOS 1960: INCORPORACIÓN PAULATINA A LA NORMALIDAD EUROPEA**

El sistema de terror no fue cediendo hasta los años 1950, cuando el régimen buscó su legitimación fáctica por medios más sutiles. El modelo de autarquía económica puesto en la práctica durante los primeros años de la dictadura había fracasado, el nivel de vida seguía en los años 50 por debajo del alcanzado antes del comienzo de la Guerra Civil. España se vio obligada a cambiar de política económica, abriéndose a la importación de productos extranjeros y permitiendo la visita de turistas. A su vez, se produjo una enorme corriente de inmigración a las grandes urbes y España se convirtió en uno de los principales exportadores de mano de obra hacia la Europa septentrional. El proyecto propuesto por los tecnócratas del régimen en esta nueva fase del gobierno de Franco era elevar el nivel de vida sin cambiar las estructuras políticas.

Comenta García Sabell así este período:

---

<sup>1</sup>Para más detalles sobre el Valle de los Caídos y las polémicas que suscitó la construcción, ver: "Memoria y olvido de la Guerra Civil Española", Paloma Aguilar Fernández, págs. 116-130.

En la sociedad española han sucedido no pocas cosas [...] el progresivo debilitamiento de la presión represiva. El aflojarse de las tenazas que a todos nos acongojaban. La mínima y arbitraria apertura hacia los hechos culturales. La euforia económica. Pero todo ello envuelto en la inmoralidad, el cinismo y la más soberana incompetencia. De todos aquellos atisbos y de aquellos pecados participó el pueblo, en general, sin mayores ascos. Por un proceso de acomodo que es muy humano y muy explicable, sobre todo en una tierra acostumbrada y como resignada, de siglos, a la pobreza, a la trampa y a la entrega. (García Sabell, 424)

Varios personajes en las novelas de Chirbes representan la apropiación y el enriquecimiento acelerado gracias al hábil manejo de las circunstancias políticas en una España empobrecida, en la que todo estaba por hacer. Dos ejemplos son los empresarios de origen valenciano Carlos Císcar y su amigo Jaime Ort en *Los disparos del cazador* (LDC):

Por entonces, Madrid era un inmenso descampado sobre el que se iban levantando pilares y andamios, y había que conseguirlo todo porque no se tenía nada [...] Jaime Ort me llevó más arriba de Cuatro Caminos, y me indicó con el índice aquel paisaje desolado de hierbas quemadas por el invierno y desmontes. «¿Qué ves?», me preguntó. Y yo le respondí que veía un campo mísero que me hacía añorar la dulzura mediterránea de nuestra tierra. Se echó a reír. «No eres muy largo de vista, Carlos.» Le dije que si lo que me pedía era una enumeración, veía barbechos, unas chabolas protegidas por los desniveles del terreno, niños que escarbaban en los vertederos y algunos perros. Ahora, su risa se había convertido en una sonora carcajada. «Ten cuidado, no sea que los perros no te dejen ver el oro [...] porque todo esto, todo lo que abarca tu mirada, esta enorme extensión de tierra miserable, hasta aquellas montañas, no es más que un inmenso solar que está esperando que alguien tenga la cortesía de edificarlo.» Y, dándose la vuelta y poniéndose de cara a la ciudad, añadió: «Y ahí está el mercado». Era una invitación para asociarme con él, que yo acepté. Y esa misma tarde iniciamos, nuestros negocios juntos. (LDC, 30-31)

Estos personajes habían sido en su juventud milicianos republicanos, pero habían sabido cambiar de bando a tiempo y así hacerse partícipes de las prebendas del régimen franquista.

Es este también el caso de José Ricart, fundador y propietario de una fábrica de muebles en *La caída de Madrid*:

No, no nació de la libertad esta empresa. Después, sí, después hemos estado en el mercado, no sé si libre o no [...]. Pero eso ha sido después. ¿O es que te crees que la contrata exclusiva del mobiliario para todos los ministerios salió de un concurso, o de alguna

oposición? ¿Fue resultado de un concurso la contrata con la Dirección de Prisiones para gestionar el trabajo de los presos? La madera quemada, ¿la hemos comprado en libre subasta? Falangistas, jefes del Movimiento, procuradores en Cortes [...] Abre el abanico de tus relaciones. (LCM, 22)

El acelerado crecimiento y la industrialización permitieron el consecuente aumento del nivel de vida en los años 60 y ayudaron decisivamente a la formación de organizaciones políticas y sindicales opuestas al sistema franquista. Así lo recuerda José Ricart:

Tenía la sensación de que había empezado a acabarse un tiempo en el que uno dominaba el mundo porque dominaba cuanto ocurría entre las cuatro paredes de su casa, o de su empresa, que, al fin y al cabo, era parte de la casa, y, de repente, resultara imposible abarcar nada, y cada hombre se convirtiera en un juguete en manos de fuerzas desmesuradas. Paradójicamente, se habían mezclado en los últimos años bonanza económica e inseguridad de una manera imperceptible al principio y, luego, creciente: la primera huelga en la empaquetadora en el sesenta y siete, el conato de incendio provocado del almacén de artesanía en el setenta, las discusiones cada vez más agrias con los jurados de empresa, los gestos hoscos de los trabajadores más jóvenes, que, en vez de saludar como hacían los veteranos, miraban fijamente hacia la máquina cuando él pasaba a su lado [...]. (LCM, 16-17)

Profesionales independientes, estudiantes y sectores obreros, sobre todo en las grandes ciudades, se hicieron portavoces de demandas económicas y reclamaron reformas democráticas. A pesar de que hasta la muerte de Franco continuaron los procesos sumarios y las condenas de muerte, al régimen se le hacía cada vez más difícil mantener una situación de represión continua ante el repudio internacional. La eficazmente programada ejecución en diciembre de 1973 del almirante Carrero Blanco a cargo de ETA dio al traste los planes de continuismo del régimen de Franco después de su muerte.

## **LA MUERTE DEL DICTADOR**

Cuando ésta sucede el 20 de noviembre de 1975, un día después al que transcurre la narración de *La caída de Madrid*, el pueblo español está más que maduro para un cambio político. Pero el poder fáctico seguía en manos del régimen y del aparato policial-militar. Altamente inquieto por su futuro, éste no está dispuesto a renunciar a su poder sin oponer resistencia.

Un representante del régimen franquista en la obra de Chirbes es el comisario de la brigada político-social Maximino Arroyo:

El comisario Arroyo dormía poco, y menos en esos días de extrema tensión en los que se esperaba a cada momento la fatal noticia, cuyo enunciado desencadenaría una cascada de acontecimientos de consecuencias relativamente imprevisibles, ya que, a pesar de que el propio Generalísimo se creía que lo dejaba todo atado y bien atado, quién sabía lo que podía ocurrir cuando desapareciese [...] Tuvo la impresión de que no era solamente un hombre consumido por los años y por la enfermedad el que se estaba muriendo, sino que se moría también toda una forma de entender España [...] que se moría su propia forma de ser. Se lo había comentado a su amigo Ricart. «José, se muere la España de la que formamos parte. Después nada va a ser igual. Es más, a lo mejor ni siquiera queda España, e incluso en el caso de que sí, de que quede el nombre de España, será algo que se llamará igual, pero que será otra cosa distinta en la que yo no tendré sitio. Tú, al fin y al cabo, eres empresario. Podrás adaptarte, pero yo soy policía de Franco.» (LCM, 49-50)

Para este personaje literario hubo un famoso prototipo en la sociedad española, el tristemente conocido comisario y torturador de la Dirección General de Seguridad Melitón Manzanos, que había sido ajusticiado por ETA en 1968.

La lucha por la democracia se cobró un alto saldo en vidas humanas.<sup>2</sup> La reconstrucción de un crimen a manos de la Brigada Político-Social —tal y como pudo haber sucedido— se encuentra en *La caída de Madrid*.

Enrique Roda, miembro de una célula de Vanguardia Revolucionaria, es detenido el día de la muerte de Franco y llevado a la comisaría de la Puerta del Sol de Madrid. Medita Enrique Roda sobre su suerte en la celda a la que ha sido llevado después de su detención:

No creo que me tengan aquí mucho tiempo, me mandarán al juez, pero ¿dónde estoy? Aquí no he visto guardias, nada, el patio y el pasillo». Eso pensaba acurrucado encima del duro camastro que no era más que una estrecha tarima de cemento, forrada con baldosines pequeños. Oía caer la lluvia [...]. (LCM, 238-239)

---

<sup>2</sup>Tristemente célebre fue el caso del estudiante Enrique Ruano detenido por la policía en 1969 cuando repartía octavillas del sindicato comunista Comisiones Obreras. Tres días después de la detención fue encontrado su cadáver. La policía presentó —como en ocasiones anteriores— la versión de una muerte accidental durante el intento de fuga del estudiante. El aparato judicial franquista fue utilizado para encubrir las verdaderas causas de su muerte. Más de veinte años después los tres policías involucrados en el caso, que todavía seguían ejerciendo la profesión activamente, fueron absueltos por falta de pruebas (éstas habían sido oportunamente borradas; para más detalles ver el ensayo de Paloma Aguilar).

No puede imaginar Roda que su destino está sellado. Por "encargo" del comisario Arroyo será fríamente asesinado por los agentes de la Brigada, Guillermo Majón y Leonardo Carracedo, un absurdo tributo más al moribundo régimen.

«El preso no existe.» Y él lo entendió enseguida [se refiere al agente Guillermo Majón], pero Leonardo no se enteraba. «¿Cómo que el preso no existe?», preguntó como un tonto. Y a él, saber que él entendía a Arroyo y que Leonardo no se enteraba le dio fuerzas. Se las estaba volviendo a dar ahora. «Cuéntaselo, Guillermo, y que sepáis los dos que quiero que sea limpio, pero que quiero que él se entere, que se entere desde el primer hasta el último momento de adónde va, que no se vaya de rositas [...] Que no existe, que no consta.» (LCM, 271-272)

## LA TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA

Para poder llevar a cabo el proceso de democratización fue necesario hacer "borrón y cuenta nueva". La deseada legalización de los partidos políticos fue posible después de haber sido pactada "detrás del telón" una amnistía política entre el régimen y los partidos de la oposición política. La Ley de Amnistía fue concedida indiscriminadamente a todos los involucrados, poniéndose así a un mismo nivel a los torturadores del régimen franquista con todos los que habían ido a la cárcel por luchar por la instauración de los derechos democráticos en España.

Describe así la politóloga Paloma Aguilar las consecuencias de esta ley:

Con la Ley de Amnistía de 1977, una de las primeras medidas aprobadas por el nuevo gobierno democrático con el apoyo de la inmensa mayoría de los grupos parlamentarios, se consiguieron básicamente dos cosas. En primer lugar, vaciar las prisiones de presos políticos de la oposición, incluso de aquellos que habían cometido delitos de sangre. En segundo lugar, también se aprobó, si bien con una gran opacidad, una suerte de ley de "punto final" para los responsables políticos del régimen anterior. La mayoría de los españoles desconoce que la propia Ley de Amnistía contiene dos artículos que impiden perseguir a los torturadores y a todos aquellos que hubieran cometido abusos de poder durante la dictadura. Lo que se amnistiaba con estos artículos era: "los delitos y faltas que pudieran haber cometido las autoridades, funcionarios y agentes del orden público, con motivo u ocasión de la investigación y persecución de los actos incluidos en esta ley" y "los delitos cometidos por los funcionarios y agentes del orden público contra el ejercicio de los derechos de las personas." (Aguilar, 19)



Indudablemente esta medida —aunque necesaria— fue una píldora amarga para todos aquellos que habían sufrido la pérdida de personas allegadas o que habían sido humillados y denigrados durante la dictadura franquista. Se forjó así el necesario compromiso histórico-político para evitar que el aparato policial-militar, que todavía seguía ostentando el poder coercitivo en el país, impidiese por la fuerza los cambios políticos reclamados.<sup>3</sup>

El miedo institucionalizado durante décadas en el pueblo español estuvo muy presente durante el proceso de la transición.

Según una serie de encuestas realizadas entre 1975 y 1977 en España, el mantenimiento de la paz, el orden y la estabilidad constituían las principales prioridades de los españoles [...] Incluso cuando a partir de 1977 la justicia, la libertad y la democracia se antepusieron a los valores anteriores, éstos siguieron siendo muy positivamente evaluados por la sociedad. (Aguilar, 5).

A pesar de las enormes concesiones que se hicieron al régimen, la fase de transición a la democracia no resultó fácil, hubo más de un intento de volver atrás el curso de la historia, el más evidente y peligroso el del 23 de febrero de 1981 (23-F), que afortunadamente fracasó tanto por una falta de coordinación entre los golpistas como por la entereza ante la gravísima situación mostrada por el monarca Juan Carlos I. Gracias también a las circunstancias coyunturales que imposibilitaban la entrada de España en el Mercado Común sin una democratización política, se pudo impedir lo que por lo menos hubiese resultado en una terrible noche de cuchillos largos, en un nuevo baño de sangre. Con el fallido intento de golpe de estado del 23-F sucumbieron definitivamente los intentos de golpe de estado por parte de representantes del antiguo régimen. Ya no se conseguiría frenar el proceso de normalización e integración de España en la Europa moderna.

El precio moral que se pagó por esta modernización fue hartamente alto. Los ex-vencedores de la terrible contienda siguieron determinando durante la época de transición los designios del país, no hubo ni ajustes de cuentas, ni procesos contra los torturadores, ni "comisiones de la verdad" para exigir responsabilidades por todos los crímenes cometidos en el pasado. No se purgaron las principales instituciones civiles (por ejemplo las judiciales) y militares heredadas de la dictadura. En mi opinión, y a vista de importantes documentos históricos que aún no se

---

<sup>3</sup> Para hacer justicia a la verdad hay que mencionar que, gracias a la Ley de Amnistía, fueron también liberados todos los presos de ETA. Esta organización declaró la transición como continuismo del "régimen franquista sin Franco" y continuó con sus actos de violencia, lo que condujo a nuevas crispaciones de los ya descontentos militares.

han hecho públicos, éste fue el precio necesario a pagar —nos guste o no—, no se pudieron hacer las cosas de otra forma y, aún así, no faltó mucho para que la situación hubiese derivado por cauces mucho más dolorosos.

## **"VERGANGENHEITSBEWÄLTIGUNG" A LA ESPAÑOLA: EJERCICIO DE AMNESIA COLECTIVA**

Recapitulando el trágico pasado, el pueblo español se puede congratular hoy del feliz rumbo hacia la libertad y la democracia que han tomado los acontecimientos en los últimos 27 años.

Sin embargo siguen en el aire una serie de preguntas y de dudas sobre el bienhacer político, que sobre todo afectan a la época posterior a la transición. ¿Por qué no hubo lo que en alemán llamamos una *Vergangenheitsbewältigung*, una asimilación del pasado, un proceso de análisis y comprensión de los traumáticos episodios? ¿Por qué se sometió al pueblo a ese acelerado proceso de amnesia colectiva? ¿Por qué esa prisa y ese empeño en olvidar tanto por parte de conservadores como por parte de socialistas una vez que llegaron al poder? ¿Fue esa realmente una buena y necesaria terapia? Estas son preguntas que siguen hoy en el aire y cuya respuesta no es simple.

Como es bien sabido, la época de transición a la democracia a partir de 1975 hizo surgir un gran interés popular por todo aquello que había sido anteriormente tabuizado y prohibido por la dictadura. Incluía esta prohibición tanto el tabú de temas sexuales —así surgió el famoso "destape" mediático— como de temas históricos, políticos y culturales. Pero el interés por la política y los temas sociales pronto recedió, fue desplazado por lo que se llamó el "pasotismo" (pasar de la política, darle a uno igual lo que suceda en el ámbito de la política) y después el "desencanto". A la vez surgió entre la gente joven, sobre todo en las grandes ciudades, la moda de la llamada "movida" (peregrinajes nocturnos prolongados de bares) y "el pasarlo bien". El afán consumista del que se hizo partícipe la sociedad española —y que perdura hasta la actualidad— suscitó una "fiebre del oro" que se acrecentó con la entrada de España en el Mercado Común. En pocos años España pasó de ser un país pobre, de estructuras políticas represivas, a un país europeo de alto nivel de vida, con estructuras democráticas modernas. ¿Será la superficialidad y frivolidad generalizada que se observa por ejemplo en los medios de comunicación de masas como la televisión, la falta de interés por el propio pasado, el resultado de una política intencionada? ¿Son el desafecto y la apatía política —sobre todo entre los jóvenes que no vivieron la postguerra— consecuencia de ese

secretismo y encubierto proceder en la política española que se siguió practicando después de la muerte de Franco?

### **SOBRE LA NECESIDAD DE CONOCER EL PROPIO PASADO**

La reconstrucción verídica sobre los hechos de la guerra y de la época de la postguerra son hoy una tarea de suma importancia. Así lo resalta —curiosamente en un tono de quasi-justificación— el famoso historiador Manuel Tuñón de Lara que junto a un destacado equipo de historiadores publicó en 1986 una serie de ensayos con motivo del cincuenta aniversario del comienzo de la Guerra Civil española:

Más allá del debate sobre la inutilidad, la eficacia o el desastre que significó la Guerra Civil, hay otro que tal vez sea más urgente: el simple reconocimiento de los hechos que se dieron, que hoy están ya perfectamente documentados y que son integrables en el acervo histórico, en ese patrimonio que constituye la herencia cultural de los pueblos.

Ya va siendo hora de que hechos cuya evocación ha sido hasta ahora polémica y que incluso se han utilizado como arma arrojadiza, se conviertan en hechos históricos, es decir, documentados, admitidos e insertos en la totalidad histórica. Lo cual no quiere decir que en el dominio de los sentimientos y emociones cada cual los acoja de manera diferente, ni que la reflexión que sobre ellos pueda hacerse sea la misma para todos [...] Porque no es del olvido ni tampoco del recuerdo pasional, sino del conocimiento histórico lo más riguroso posible, de donde las sociedades adquieren una experiencia que les permita impedir la repetición de las tragedias. (433-434)

Indudablemente es este argumento, el de aprender de los errores del pasado para impedir que éstos se repitan en el futuro, el más convincente y a menudo mencionado. Este argumento me parece no solamente relevante desde el punto de vista práctico (aunque la historia nunca se repita de la misma manera) sino también como un principio de aplicación psicológica colectiva. El conocimiento de los hechos históricos —me refiero a los hechos fundados, no a los mitos creados con fines propagandísticos— es fundamental en la creación de una identidad colectiva, en la necesaria cohesión que requiere la convivencia en toda entidad social. Eso es parte importante de aquello que denominamos cultura. Y es aquí donde la literatura puede cumplir una importante función como medio de reconstrucción y catalizador de esa memoria colectiva que corre peligro de perderse.

## IMPORTANCIA DE LA CULTURA EN EL EJERCICIO DE LA MEMORIA

La mayoría de los símbolos, semántica y festividades del Régimen de Franco han desaparecido hoy de la conciencia colectiva. Sin embargo, todavía quedan resquicios de esa época. El historiador Javier Tusell proporciona datos anecdóticos que lo ilustran:

No hace tanto tiempo que quien consultara el nomenclátor de las calles de Alicante, una capital que no puede ser considerada como derechista, podía encontrar nada menos que 24 nombres relacionados con los vencedores de la Guerra Civil. En la práctica, todos los generales del Ejército de Franco tenían una calle [...]. Hay ciudades en las que no sólo perdura el nombre de Franco, sino también el de José Antonio Primo de Rivera [...]. El mejor ejemplo de cohabitación de memorias antagónicas es el de aquella esquina de Madrid en que conviven, junto al Ministerio de Fomento, las estatuas de Franco y de Indalecio Prieto. Imagínese que en Francia hubiera una esquina con las efigies de Pétain y De Gaulle [...]. La memoria del pasado es, en el caso español, tan peculiar como testimonian esos casos. (Tusell, *El País*, 17-VII-2000, 13)

Desafortunadamente, los símbolos de la victoria nacional no han sido reemplazados en su mayoría por otros que dejen constancia de los trágicos hechos de esa época. Los escasos actos conmemorativos parten en gran mayoría de iniciativas privadas, el estado se mantiene al margen de tales eventos. Es aquí donde se observa la amnesia inducida, el acto de desmemorización propagado con sucurso oficial. Esa falta de interés en activar, esa pérdida de los "lugares de la memoria" se manifiesta en la falta de monumentos, museos y eventos que dejen constancia de esa época, que inviten a la reflexión y a un mejor conocimiento de la propia historia.<sup>4</sup> Como ejemplo resalta el historiador Walther L. Bernecker que, hubo en 1986 más actos conmemorativos del 50º aniversario del comienzo de la Guerra Civil española en Alemania que en España. (Bernecker, 171)

Que quede claro de que no se trata de reanimar las viejas pasiones, ni de ajustes de cuentas ni de venganzas. Todas esas dramáticas experiencias no tienen hoy ya una función catártica para la sociedad española, pero forman parte de su identidad y es necesario conocerlas y asumirlas. Es aquí dónde la ~~eseritura~~—literatura ~~desarrolla~~—desempeña una

---

<sup>4</sup>En noviembre de 1985 se inauguró en la Plaza de la Lealtad de Madrid un monumento dedicado a "todos los caídos" en contraposición al del Valle de los Caídos. Al emotivo acto en presencia del Rey acudieron veteranos de ambos bandos combatientes de la Guerra Civil. Sin embargo, la minoría de los españoles conoce hoy el significado de este monumento que pasa completamente inadvertido para los desconocedores de su significado. ("Memoria y olvido de la Guerra Civil Española", Paloma Aguilar Fernández, pág. 283)

importante función. Escribir sobre este período no ejerce únicamente un efecto terapéutico para el autor sino puede serlo también para sus lectores, muchos de los cuales desconocen hoy —simplemente ya por razones de edad— la dura experiencia pasada. Varios de los más destacados escritores españoles han tomado en sus manos la labor de recontar —y devolver así a la memoria colectiva— el traumático período de la Guerra Civil y de la postguerra bajo Franco. Obras de reconocidos autores de la generación nacida antes de la Guerra Civil como es el caso de Jorge Semprún, Juan Goytisolo, Juan Marsé, Juan Benet, Josefina Aldecoa (y otros tantos) se han ocupado de este tema. Entre los autores de generaciones posteriores destacan Antonio Muñoz Molina con *El jinete polaco* y, por supuesto, las obras mencionadas de Rafael Chirbes que cumplen una importante función llenando el vacío dejado por la política.

La gran variedad de arquetipos que nos presenta Chirbes reflejan en buena medida —a mi entender— la sociología de la sociedad española entre 1939 y 1975. Pero creo que no tendrían estos personajes el suficiente interés para el lector si no fuera su representación acompañada de una buena dosis de psicología, lo que se manifiesta por ejemplo en los múltiples monólogos interiores. Chirbes nos presenta figuras "de carne y hueso" que se debaten a menudo en las contradicciones de la vida cotidiana.

Así, Joaquín, nieto del empresario don José Ricart, forma parte del movimiento estudiantil revolucionario, atraído por el activismo político antifranquista y en clara contradicción con sus intereses como miembro de la alta clase social. En una de las escenas finales de *La caída de Madrid*, Quini se da cuenta de que no sabe en realidad lo que quiere y que no se identifica con los trabajadores de la empresa que tal vez en un día futuro le toque dirigir:

[...] él no, ni él quería a los empleados de las fábricas, ni los empleados lo querían a él, que defendía que la propiedad de la empresa fuera de ellos. Quería hacerlos dueños de su destino, pero no le gustaban. Qué hacer, a qué dedicarse, qué ser o qué no ser, tanto si llegaba el diluvio universal como si no llegaba. A él no le gustaban aquellos tipos sebosos o nervudos de ojos huidizos que le hablaban de usted y se reían a carcajadas con los chistes de Josemari, por más que ésa era la clase que el quería que lo salvara de su clase. (LCM, 287)

Gracias a este tipo de interiorizaciones se evita una impropia moralización, una previsible catalogación de personajes como "buenos" o "malos" que probablemente degradarían las narraciones a aburridos panfletos políticos.

Es notable que Chirbes esté teniendo éxito —a pesar de saltarse las reglas imperantes del mercado de la novela— permitiéndonos esta introspección en el propio pasado, en la memoria colectiva de una época de la cual es difícil contar "batallitas" del tipo "cualquier tiempo pasado fue mejor". De sus obras emana un pesimismo que, como lector, es a veces difícil de soportar y que el autor justifica en una nota-prólogo de la 4ª edición de *La buena letra*:

El paso de una nueva década ha venido a cerciorarme de que no es misión del tiempo corregir injusticias, sino más bien hacerlas más profundas. Por eso, quiero librar al lector de la falacia de esa esperanza y dejarlo compartiendo con la protagonista Ana su propia rebeldía y desesperación, que, al cabo son también las del autor. (LBL, 8)

Si bien es cierto que el tiempo no puede borrar las injusticias cometidas, también es cierto que, la España actual disfruta de una libertad que nadie hubiese podido imaginarse hace aún pocas décadas.

## **ESPAÑA NO ES DIFERENTE**

La dictadura de Franco fue un vano intento de detener el curso de la historia, de encubrir los déficits de cuatro siglos de oscurantismo, de impedir la entrada de toda corriente reformadora de las sociedades europeas. Ideológicamente este intento de hacer retroceder los relojes fue justificado con el carácter especial de lo español: "España es diferente" y "aquello que llevamos en la sangre, que nos hace diferentes a otros pueblos". Otros han descrito estas propiedades como el carácter arcaico, trágico y sangriento de los españoles. ¿Qué hay de cierto en todo ello? La realidad actual muestra que muy poco, o más bien, nada.

Pese a quien le pese y, para beneficio de la gran mayoría, se ha pasado en muy poco tiempo a la más absoluta normalidad europea. Señala acertadamente Paloma Aguilar, que "sí se acabó produciendo una ruptura con el pasado, pues la democracia española está, sin lugar a dudas, consolidada y su legitimidad arroja saldos comparables a los de muchos otros países europeos." (Aguilar, 12). Los españoles se comportan de una manera muy parecida a sus vecinos, tienen las mismas inquietudes, reacciones y actitudes, la misma actitud consumista, el mismo empeño en querer olvidar todo lo desagradable (que —sin embargo— a veces también puede ser sumamente útil para no volver a incurrir en los errores del pasado), una actitud entre "todos fuimos víctimas" y "dejadme en paz con los cuentos de antaño". No le

gusta a la mayoría recordar esta época: a excepción tal vez de algunos **re**calcitrantes añorantes del pasado o de aquellos intelectuales que hicieron popular el lema de "contra Franco vivíamos mejor" — fue un tiempo perdido, una dura experiencia en la que se mostraron una vez más los lados oscuros del ser humano, donde la venganza y la falta de coraje ante las injusticias cometidas se convirtieron en el pan de cada día, un lapso de 40 años que finalmente fue barrido ante la incontenible realidad de la anhelada integración en Europa. Esta época muestra la faz oculta de los seres humanos, las bajas intenciones de las que son capaces si se les da rienda suelta y si se les incita a hacer uso de ellas.

Con el cambio, España perdió esa aureola de "lo especial, lo irracional", ese sambenito que tanto gustaron otros de ponerle, la realidad mostró una cara más banal: España no es diferente.

## BIBLIOGRAFÍA

Aguilar Fernández, Paloma (1996): *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*, Madrid: Alianza Editorial.

———: "Justicia, política y memoria: Los legados del franquismo en la transición española", Estudio/Working Paper, 2001/163.

Bernecker, Walther L. (1992): "Von der Differenz zur Indifferenz. Die spanische Auseinandersetzung mit dem Bürgerkrieg 1936-1939", en: Burrichter, Clemens – Schödl, Günter (eds.): *Ohne Erinnerung keine Zukunft! Zur Aufarbeitung von Vergangenheit in einigen europäischen Gesellschaften unserer Tage*, Köln: Verlag Wissenschaft und Politik.

Chirbes, Rafael (2000): *La buena letra*, Barcelona: Editorial Anagrama (4ª edición; versión original 1992).

——— (1994): *Los disparos del cazador*, Barcelona: Editorial Anagrama.

——— (1996): *La larga marcha*, Barcelona: Editorial Anagrama.

——— (2000): *La caída de Madrid*, Barcelona: Editorial Anagrama.

García Sabell, Domingo (1998): "Guerra y memoria popular", en: Aróstegui, Julio (ed.): *Historia y memoria de la Guerra Civil. Encuentro en Castilla y León. Salamanca, 24-27 de septiembre de 1986*, Valladolid.

Sotelo, Ignacio (1994): "Vergangenheitsbewältigung: Spanien - ein unpassendes Beispiel", en: Sühl, Klaus (ed.): *Vergangenheitsbewältigung 1945 und 1989. Ein unmöglicher Vergleich?*, Berlin: Verlag Volk & Welt.

Tuñón de Lara, Manuel (1985): "Un ensayo de visión global, medio siglo después", en: Tuñón de Lara, Manuel – Aróstegui, Julio – Viñas, Angel *et al.* (eds.): *La Guerra Civil española: 50 años después*, Barcelona: Editorial Labor.

Tusell, Javier: "Por una política de la memoria", *El País*, 17-VII-2000, pág. 13.